

PÁGINA 9
MESA

PÁGINA 31
CÁNTICO
PARA
UNA CIUDAD
ENFERMA

PÁGINA 59
LA CASA
AZUL

PÁGINA 92
ENTREVISTA: CRISTÓFOL PONS



Santiago Eximeno (Madrid, 1973) ha publicado novelas como Alienígena (Suseya, 2017) o Alicia en el sótano (Libros.com, 2015), libros de relatos como Lo grotesco (Enkuadres, 2017) o Umbría (El Humo del Escritor, 2013), libros de ficción mínima como Un escarabajo de siete patas rotas (Amargord, 2013) y numerosos relatos en diferentes antologías y revistas. Ha sido traducido a varios idiomas y ha ganado varios premios, entre ellos el Premio Noche y el Premio Igotus

¿Dónde lo puedes encontrar?

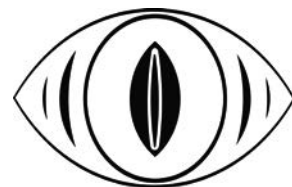
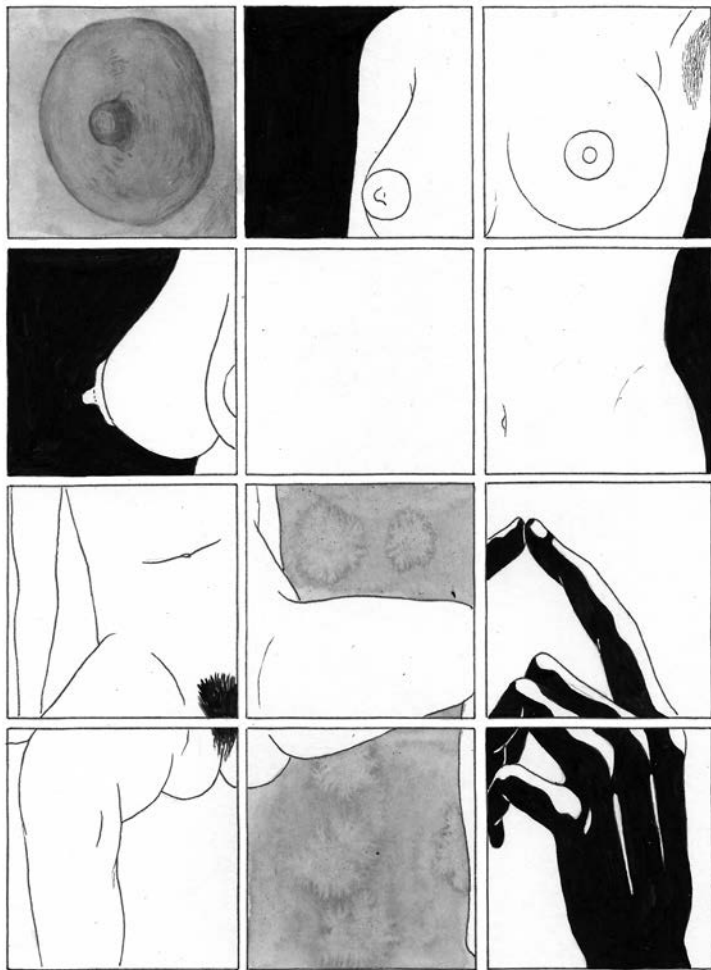
Twitter: @santiagoeximeno

web: www.eximeno.com

SANTIAGO EXIMENO MESA



Tiempo de lectura estimado: 16 minutos



Recuerdo que aquel día habían emplazado dos grúas en el acantilado, que con ellas recuperaban vehículos del mar con la misma parsimonia con la que los pescadores esperaban a sus peces. Recuerdo que me pregunté quién querría ver de nuevo esos coches herrumbrados, con los restos de los suicidas aún atrapados en su interior, sus manos mordisqueadas aferradas al volante, sus rostros nada más que sonrisa y hueso. Ese día yo fui mesa por primera vez.

Eran malos tiempos para el turismo en nuestra costa. Si bien la Concejalía había invertido con astucia en la publicidad de los acantilados, de su desborde, de su peligro, el progresivo aumento de los suicidios no había dejado el

rédito esperado en la hostelería. Era cierto que los hoteles rurales establecidos en la carretera que discurría paralela a la costa entre nuestro pueblo, Narval, y el pueblo vecino, Torres de Aro, disfrutaban de una ocupación aceptable durante todo el año, que podía llegar a ser destacable cuando los familiares de los fallecidos arribaban a nuestro hogar. Sin embargo los vehículos despeñados ya no traían consigo nuevas rentas, como si cada vez estuviera más aceptado en las ciudades que esta crisis eterna que ya no nos conmovía te iba a matar antes o después. Parecía que para los señoritos de ciudad ya no merecía estar presente cuando el mar, si así lo deseaba, devolviera los cuerpos.

Yo llevaba años de relación fiel con la precariedad. Hoy en el bar del pueblo, mañana sosteniendo cestas de recolectores de percebes por una mísera comida caliente. Como muchos jóvenes, cuando un vehículo caía al agua, con las luces convertidas en pequeños faros para embarcaciones de juguete —al fin y al cabo, siempre caían de noche—, corría hasta el lugar y me lanzaba al mar. Teníamos la esperanza de encontrar joyas, o dinero, o

cualquier objeto valioso que les pudiéramos arrebatarse a los peces para venderlo después de estraperlo. Debías sumergirte en el momento preciso, pues no pocas veces los más presurosos se encontraban con miradas desesperadas y bocas abiertas en el interior del automóvil. Y eso dolía. De verdad, dolía, sobre todo cuando encontrabas lo que buscabas y te veías obligado a evitar que esos ojos, esas bocas, volvieran a la orilla. Así tirábamos todos: trapicheando, comiendo gato por liebre y votando otra vez a los mismos que prometían que todo iba a cambiar esta vez.

Los más listos fueron al final los de Torres de Aro. No fueron ellos los que inventaron aquel tipo de turismo, claro. De hecho querían aislar su interpretación de otras desperdigadas por toda la península, por todo el mundo incluso. Como si su aportación tuviera pátina de arte, o al menos pretendían venderlo como tal. Tardaron en adaptar sus casas rurales menos de un año, tal era la demanda de mobiliario, y llevaban viviendo de los ingresos que les proporcionaba su mobiliario casi diez. Cuando yo descubrí el pastel lo primero que pensé fue

que aquello era una guarrada, que no estaba hecho para mí. Así se lo dije a mis padres, y se rieron de mí.

—¡Pero si eres un zagal en la flor de la vida! —dijo mi madre—. Si me lo pidieran a mí, que soy todo pellejos.

—Así al menos harás algo de provecho, en vez de sentarte en las playas a esperar que alguien se mate por ti —dijo mi padre.

Me sorprendió constatar que a ojos de mis padres, a los que siempre había considerado de moral recta y fe católica imperturbable, yo no era más que un niño mojigato y egoísta.

—Si no pudiste ni terminar los estudios, danos al menos la alegría de aceptar un buen trabajo, hombre —añadió mi padre.

Y ese niño que era yo, que era ya hombre de veintipocos años, comprendió que tenía razón en su crítica, que aunque me había apañado bien los últimos años, no podía pretender vivir así toda la vida.

En la plaza mayor, en la pared del edificio nuevo que hacía las veces de ayuntamiento, habían colgado una hoja impresa con el mobiliario que se buscaba en algunas de las casas

de Torres de Aro. Siempre había necesidad de muebles. Por muchas razones la rotación era inevitablemente alta. Los jóvenes se desencantaban al descubrir la dureza del trabajo, o encontraban algo mejor en otras provincias, o simplemente ganaban algo de dinero durante un tiempo y después emigraban a las ciudades de la meseta en busca de una vida. Allí, en las ciudades, contaminadas y selladas al exterior, se decía que hasta los indigentes vivían mejor que nosotros. A mí nada de eso me preocupaba. Por aquel entonces me sentía feliz si lograba no defraudar a mis padres continuamente. Vi en la hoja que una de las casas redecoraba por completo su salón y pensé que aquello sería bueno. Seguro que se presentaban varios muebles con experiencia, pero era muy probable que entre todo lo que necesitaban —una mesa grande de centro, una docena de sillas, una lámpara de pie, un atril e incluso varios escalones en la entrada— quisieran contar también con gente que fuera la primera vez que trabajaba en mobiliario. No exigían experiencia (la experiencia se paga, claro), quizá porque querían ofrecer esta temporada una

Tomás Rivera (A Coruña, 1977)
Fue redactor y crítico musical en medios independientes. Ha publicado relatos en la revista Contos Estraños. En la actualidad, colabora con artículos y reseñas en revistas como Windumantoh o Areal, participa en el podcast El Sótano de Radio Belgrado, coordina el colectivo Inicia Literaria y es autor del blog KindleGarten.

¿Dónde lo puedes encontrar?

web: kindlegarten.es

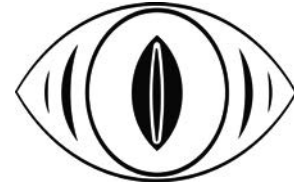
email: triverab@gmail.com

TOMÁS RIVERA

CÁNTICO
PARA
UNA
CIUDAD
ENFERMA



Tiempo de lectura estimado: 20 minutos



*«El tiempo ya no existe
Si me miras a los ojos
Solos tú y yo en esta ciudad
Solos tú y yo en este universo»
Aviador Dro, La ciudad en movimiento*

Cuando los edificios duermen, termina el turno en el centro de producción. Así lo anuncia una sirena afónica, desganaada, a la que los obreros obedecen al unísono, como un ejército bien entrenado. Ella abandona su puesto en la línea de montaje y se encamina al vestuario, donde se desnuda entre las miradas furtivas de sus compañeros. De desaprobación algunas, de envidia otras, de deseo la mayoría de ellas. En el aire flota un olor rancio a falta

de ventilación, sudor, ropa sucia, humedad y detritus mal disimulado con desinfectante. Se viste con un buzo naranja de polipiel con amplias hombreras que enfunda dentro de unas botas negras. Hace una bola con el grasiento sobretodo parduzco y lo tira dentro de la taquilla, que cierra de un manotazo.

En el sector industrial los túneles de comunicación son anchos y de techo bajo, sin respiraderos. Una maraña de pintadas rompe cada poco el monótono gris del hormigón. Dentro de su rejilla protectora, un neón parpadeante agoniza y muere. Ella se apresura y deja atrás a los demás obreros, con los que no le une vínculo alguno. Pasa ante un grupo de ratas de túnel, sentadas en el suelo con la espalda recostada contra la pared. Uno de ellos, un anciano negro que se cubre las piernas con una manta de color verde bilioso, extiende su mano y emite un gruñido gutural. Lleva gafas oscuras y no gira su cabeza hacia la joven. Sin detenerse, ella le arroja un crédito. El hombre lo atrapa al vuelo y lo esconde entre los pliegues de su ropa, con una sonrisa de satisfacción.

Recorre cerca de una milla de túneles, en los

que la han enfocado una docena de cámaras de vigilancia, centinelas mudos e indolentes en sus soportes metálicos atornillados al techo. Algunas ratas discuten y se pelean por cualquier nimiedad, mientras que otras duermen en el suelo o beben de una botella que comparten en silencio. Se cruza con pandilleros que intentan provocarla con gritos y proclamas. Ella no se molesta en girarse y les dedica un gesto soez por encima del hombro. Uno de los matones se indigna y comienza a seguirla, llamándola a gritos, apretando los puños y los dientes. Otro agarra a su amigo del brazo y le dice algo al oído. La cara del guapo palidece y de golpe pierde toda su arrogancia. Su amigo se lo lleva de allí, mientras los dos la miran de soslayo con recelo. «¿Es que no sabes quién es? No te busques líos con ella».

Los túneles ascienden en una sucesión de largas rampas, como si rodearan un zigurat invisible. A medida que ascienden van desapareciendo las ratas, que ceden su lugar a músicos ambulantes, yonquis, borrachos, trileros, macarras y buscavidas. Los peristas ofrecen mercancía robada y falsificaciones que ocul-

tan bajo largos abrigos de plástico. «¿Un reloj digital, amigo? ¿Un transistor con frecuencia modulada? ¿Videojuegos? Tengo lo último para Spectrum, Amstrad, MSX». Los camellos venden evasiones químicas y viajes sintéticos nacidos en algún cochambroso laboratorio clandestino del sector. Un joven de mirada ausente toca una melodía repetitiva con un sintetizador portátil que cuelga de una correa fluorescente a la altura de las rodillas, ajeno a los escasos créditos que los caminantes han arrojado al estuche situado a sus pies.

Cuando llega al sector residencial cruza el primer control, supuestamente aleatorio, de las fuerzas del orden. Pese a que la visera del casco opaca los ojos del agente, ella adivina su lascivia. Desliza la lengua entre los labios abiertos en una media sonrisa y traga saliva como un perro ante un plato de comida. Ella le muestra su identificación y el agente la cachea recreándose en sus caderas, marcadas por la estrecha cintura del buzo. Le soba las nalgas sin disimulo, mientras otro agente, que sostiene un fusil eléctrico en las manos, contempla la escena conteniendo la risa y celebrando la

ocurrencia de su compañero. Ella se harta y le propina un empujón al guardia, que se golpea contra un viandante, sorprendido por la fuerza de la joven. Cuando recupera el equilibrio le ordena detenerse con un grito, pero ella ya ha desaparecido entre la multitud. Sus uniformes reforzados y sus botas canteadas de acero los vuelven torpes y lentos en las aglomeraciones. Los dos agentes intentan abrirse paso entre el gentío, sin éxito. Finalmente se dan por vencidos y buscan otra víctima de la que abusar, jurando que ya ajustarán cuentas con esa zorra cuando la encuentren.

Pero ella ya está lejos de allí. Se frota el hombro, dolorido por el golpe, y aprieta el paso en dirección al sector comercial. Ahora los túneles de comunicación tienen las paredes redondeadas y revestidas de aluminio blanco. Más limpios y luminosos, están atiborrados de gente y cada vez es más difícil avanzar. El ascenso es menos pronunciado y describe una amplia espiral. Ha caminado casi dos horas y calcula que ha ascendido más de doscientas yardas. Al fin deja atrás los túneles, que desembocan en una enorme plaza de cin-

Sam García, nacido en Gavà, 1978

Como autor de cómics ha publicado Bonjour Paris (Dibbuks), Lunes Birmanes (Delcourt), Notre histoire (Delcourt).

Como escritor se destapó con la antología de relatos Matar a la Suegra (Impresiones Privadas) y en 2017 publicó el folletín TAXI (Pulpture).

Participa cada año en las antologías de La isla de los escritores Peccata Minuta (2016), Mare Nostrum (2017) y Tempus Fugit (2018).

Para Atronave (2019), prepara Otto el Sheriff, su primer álbum ilustrado, entre otros proyectos.

¿Dónde lo puedes encontrar?

Twitter: @SamCube_Draws

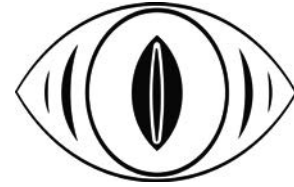
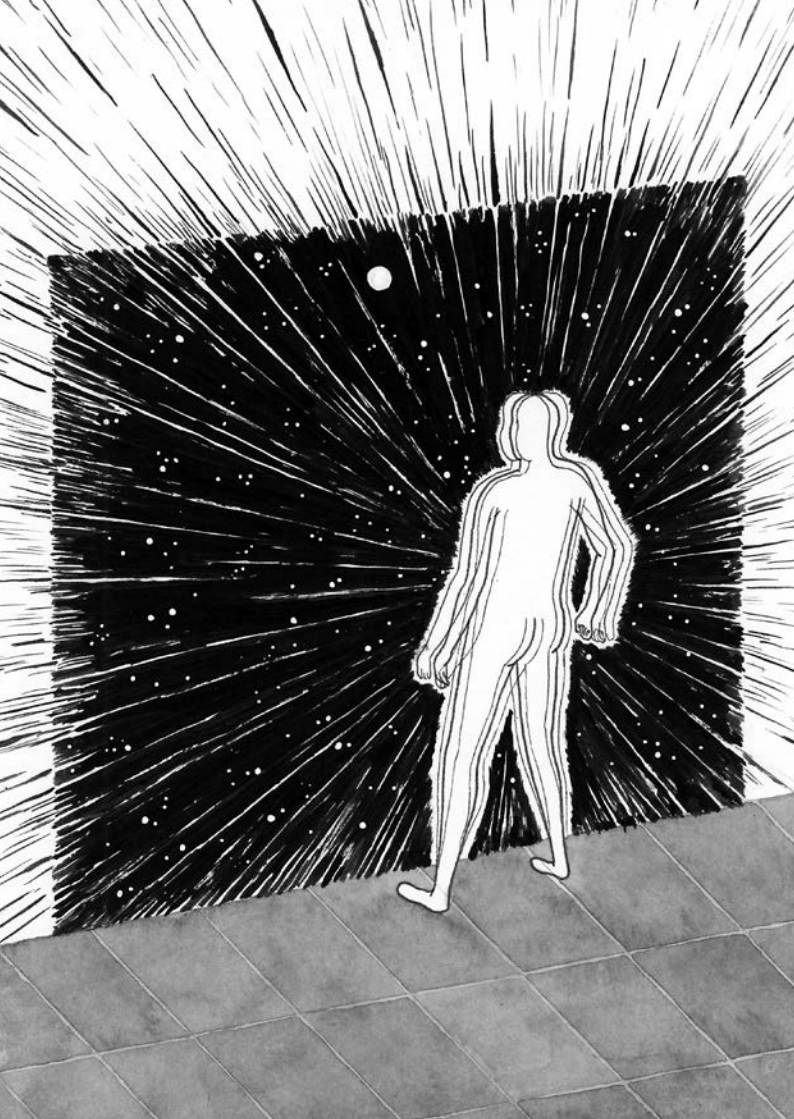
web: samgc.com

SAM G. C.

LA
CASA
AZUL



Tiempo de lectura estimado: 26 minutos



No debería estar siguiendo a Annie. Sé que no es asunto mío. Debería volver a casa y empezar a buscar trabajo. Olvidarme de Annie. Seis meses no han sido suficientes para que esta situación duela menos, y la verdad... sé que Annie no está bien. Sé que ella necesita mi ayuda.

Desde que lo dejamos he engordado casi quince kilos. No hago nada de ejercicio y apenas salgo de casa si no es para seguirla. Me he convertido en un hipopótamo lento y perezoso de casi cien toneladas.

Hace una semana un amigo mío la vio con otro tipo —ella le cogía del brazo—, eso me dijo.

Desde entonces, cada día me planto a las

12:25 entre la calle Brown y Church con el coche que Mike me presta y vigilo la casa azul. Por su seguridad.

Ya salen.

La puerta azul de madera se abre de par en par y los dos salen a la calle. Ella cogiéndole del brazo.

No pueden verme. Me agacho y los observo desde detrás del volante. Es una calle concurrida, con aceras anchas y casas de tres plantas, casi todas pintadas de blanco, con azoteas de tiza y ventanas verdes. Frente a la casa azul hay una frutería que exhibe su género debajo de un toldo a rayas; tomates, manzanas y peras brillantes como orbes. Hay farolas en los dos lados de la calle y algunas tiendas más allá. Creo ver una librería, y una cafetería al fondo.

Hablan un momento frente a la casa azul, hasta que una anciana les interrumpe para poder pasar. El tipo, alto y delgado, es educado con la vieja. Annie se ríe cuando al dejarla pasar le hace una exagerada reverencia. Cuando terminan de hablar se dirigen al final de la calle.

La cara de ese tipo no me deja dormir tran-

quilo. Hay algo en él que me da ganas de partirle los dientes de un puñetazo.

No. Cálmate, Justin. Todo esto lo hago por el bien de Annie. Averiguaré algo sobre él. Si está limpio lo dejaré ir. Annie, a larga, se dará cuenta de que es un cretino. Si esconde algo, le daremos un buen susto y nunca más volverá a ver a Annie. Mi pobre Annie.



Esto debe de ser un hotel. Detrás de la puerta azul hay un pasillo estrecho, apenas iluminado, que desemboca en otra puerta de cristal de esas automáticas. No hay ningún rótulo o logo por ninguna parte. Se acciona al acercarme y entro en un amplio recibidor, con el suelo cubierto de una moqueta gruesa de un azul marino eléctrico. En las paredes hay diversos cuadros de cielos nocturnos y nubes y de barcos que zarpan de puerto. Al fondo, veo un amplio patio luminoso con arbolitos y unas mesas puestas para comer. Frente a mí está el tablero de recepción, grande y alto, de madera oscura. Una mujer pelirroja y algo gordita

me mira con creciente interés por encima de la montura dorada de sus gafas.

—Disculpe... —Me dirijo a la mujer, que está ordenando unos papeles. Detrás de ella hay una puerta que se mimetiza con la pared color beis.

—Usted dirá.

—Es sobre la pareja que acaba de salir. Me ha parecido reconocer a ese hombre del colegio. Pero no logro recordar su nombre. Si usted fuera tan amable de darme algún dato de contacto, podría invitarlo a la reunión de exalumnos de este sábado.

La mujer deja lo que está haciendo.

—¿Y usted es...?

—Me llamo Charlie, Charlie Parker.

—Ya veo.

No me quita los ojos de encima mientras su mano se desliza debajo de la mesa. Después de un zumbido apagado la puerta tras ella se abre.

—¿Algún problema? —pregunta un hombre grande con la frente ancha y una coleta. Se cruza de brazos y me mira de arriba abajo.

—Ninguno, solo venía...

El hombre mira a la mujer pelirroja en busca de instrucciones precisas, pero ella se limita a alzar las cejas.

—Jake, Donovan, a recepción.

Me doy cuenta entonces de que él lleva un pinganillo en una oreja, y no es de adorno.

Jake y Donovan aparecen con sendos trajes y corbatas por una de las puertas del fondo del pasillo. Se acercan hacia mí con los puños apretados.

—¿De qué va todo esto? —pregunto cuando los tengo casi encima, y levanto las manos.

—Sacad de aquí a este figón —dice el de la coleta.

No sé si es Jake o Donovan quien intenta cogermelo del brazo, me da lo mismo. Doy un paso atrás, su agarre falla por un palmo, aprovecho su sorpresa y le suelto un puñetazo en toda la mandíbula. En mi trabajo me las he visto con tipos como ellos. Contra más grandes son, más tontos. La fuerza del golpe lo tira al suelo, pero ya tengo al otro encima. El cabrón me coge por el pelo y embiste mi cabeza contra la pared. Caigo rodando sobre la moqueta, con el estúpido pensamiento de intentar no mancharla